



Este edificio alrededor de un patio, de matriz intemporal pero inusual, pues el patio se entierra y el edificio lo rodea en U abierta y asimétrica, es arquitectura clásica y moderna, no a partes iguales, mitad y mitad, sino toda lo uno y lo otro, que se nos aparece ejemplar y modélica, sin espectáculo gratuito y pacientemente decantado. Satura su solar y se abre a su propio interior, en donde comparte y reparte alegrías esenciales, verdor y madera, luz y aire, en un espacio que conjuga todos sus niveles, rico en perspectivas cruzadas.

En su ejecución, del conjunto y del detalle, en la compleja articulación de sus volúmenes y en la matizada adjetivación de cada uno de ellos, todo en ella es moderno; en efecto: espacio primordial minuciosamente administrado, sin derrochar pero sin escatimar, y ausencia de otro ornamento que no sea el de sus materiales y acabados.

Que lo que se ve, rotundo y espléndido, cuando se toque sea amable. Que la severidad del hormigón prefabricado pesado, vista de lejos con agrado, se nos haga, de cerca, en la madera de los filtros, suelos y pasamanos, tangible y afectuosa. Que la arquitectura, tras el salto de escala de fuera adentro, que encausa la discreta y suave pasarela que cruza el pórtico, vivida, no disminuya el atractivo de su contemplación. Es arquitectura fotogénica, pero generosa y cálida a la vez. Diáfana en apariencia, pero compleja en el recorrido de sus espacios dinámicos, a caballo entre la horizontal y la vertical. Todo en ella parece previsto y, sin embargo, está abierta a lo imprevisible. Su orden evidente se adapta a los avatares de la vida.



